



Núria LORENTE QUERALT (2026).

Manchadas de tinta las manos: imaginarios femeninos y redes de sociabilidad en torno al libro hispánico en la primera Modernidad.

Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 156 pp.

[ISBN 978-84-9192-586-6].

El manuscrito que aquí se reseña se inscribe en una de las líneas de investigación más fecundas de la historia cultural contemporánea, aquella que ha buscado restituir la complejidad de los agentes que hicieron posible la circulación material de los textos. Sin embargo, el principal mérito de esta obra consiste precisamente en no limitarse a una operación de recuperación biográfica ni a una simple ampliación del canon de impresores conocidos. Desde sus primeras páginas, la autora declara que su propósito no es escribir una nueva historia de las mujeres y la imprenta, pues busca comprender los mecanismos mediante los cuales las mujeres participaron activamente en la fabricación de los libros y, sobre todo, explicar por qué esa participación ha permanecido oscurecida por los relatos historiográficos tradicionales.

Se trata de una declaración metodológica relevante. El libro rehúye deliberadamente la tentación de construir una galería de figuras excepcionales para privilegiar, en cambio, una historia de los procesos. Así pues, la cuestión central no es quiénes fueron las impresoras, sino cómo operaron las mujeres dentro del complejo circuito de producción, administración, comercialización y legitimación de los impresos. La autora desplaza así la mirada desde la excepcionalidad hacia la estructura, desde el acontecimiento hacia la práctica cotidiana. En este sentido, el texto dialoga de manera implícita con las transformaciones que la historiografía ha experimentado desde los trabajos pioneros de Joan Kelly, Natalie Zemon Davis o Roger Chartier, aunque lo hace desde una voz propia, notablemente sensible a los vínculos entre experiencia material y construcción ideológica.

Uno de los aspectos más logrados del libro reside en su capacidad para reconstruir las condiciones históricas que hicieron posible la presencia femenina en los oficios del libro. El primer bloque, dedicado a la alfabetización y a los mecanismos de aprendizaje durante los albores de la Edad Moderna, ofrece una síntesis particularmente sólida de los debates sobre educación femenina, lectura y escritura. La autora rechaza las interpretaciones simplificadoras que presentan a las mujeres como sujetos ajenos a la cultura escrita y muestra, mediante una extensa revisión bibliográfica, cómo la expansión de la alfabetización femenina estuvo

estrechamente vinculada al desarrollo de la imprenta y a la creciente presencia de productos editoriales destinados a públicos amplios.

Especialmente interesante resulta la insistencia en las dimensiones pragmáticas de la alfabetización. Frente a una visión intelectualizada de la lectura y la escritura, el libro recupera los usos cotidianos de estas competencias: la contabilidad doméstica, la correspondencia, la administración de negocios familiares, la gestión de propiedades o la documentación jurídica. La cultura escrita aparece así como una práctica social antes que como un privilegio erudito. Esta perspectiva permite comprender mejor por qué determinadas mujeres pudieron desempeñar funciones relevantes dentro de los talleres tipográficos y cómo adquirieron los conocimientos necesarios para hacerlo.

La reflexión sobre la familia constituye otro de los ejes vertebradores del estudio. La autora muestra con acierto que resulta imposible comprender el trabajo femenino en los oficios urbanos sin atender simultáneamente a la consolidación de la familia moderna y a la progresiva masculinización de las estructuras gremiales. El libro sitúa este proceso en el contexto más amplio de la reorganización económica y social de la Europa moderna, señalando cómo la exclusión femenina de los gremios coincidió con una creciente valorización del trabajo productivo masculino y con la relegación de las mujeres a espacios definidos como domésticos o auxiliares. Lejos de aceptar esta exclusión como una realidad consumada, la autora se esfuerza por demostrar que las mujeres continuaron participando activamente en la producción económica, aunque frecuentemente privadas del reconocimiento institucional correspondiente.

La aportación más original del volumen comienza a desplegarse plenamente cuando la atención se dirige hacia el universo de la imprenta. El libro insiste en que las mujeres no fueron figuras marginales dentro del proceso de fabricación de los impresos. Intervinieron en la planificación editorial, en la obtención de privilegios y licencias, en la adquisición de materiales, en la organización administrativa de los talleres y, en numerosos casos, en la dirección efectiva de las empresas tipográficas. La autora formula aquí una de sus tesis fundamentales: la necesidad de pensar la agencia femenina como capacidad real de intervención en la configuración material y económica del libro. Esta reivindicación se apoya en una notable acumulación de ejemplos documentales. Resultan particularmente significativos los casos de Catalina y Teresa Lucena, involucradas en la producción de impresos hebraicos a finales del siglo xv, o el de Jerónima Galés, cuya actividad profesional trasciende ampliamente el modelo de la viuda que hereda circunstancialmente un negocio. La autora demuestra que estas mujeres no fueron simples depositarias pasivas de un patrimonio familiar, sino agentes capaces de gestionar talleres, supervisar procesos productivos y construir una identidad profesional propia.

Ahora bien, el libro no se limita a la dimensión económica del fenómeno. Uno de sus capítulos más sugestivos es el dedicado a la imprenta como núcleo

irradiador de ideología. Aquí la autora amplía considerablemente el alcance de su investigación y se aproxima a cuestiones que remiten a la sociología de los textos y a la historia de la lectura. Inspirándose en autores como Chartier, McKenzie o Eisenstein, plantea que la materialidad del libro no constituye un simple soporte neutral, sino una instancia activa en la producción de significado. El formato, la disposición tipográfica, los prólogos, las ilustraciones o las estrategias editoriales participan directamente en la configuración de las interpretaciones posibles.

La discusión alcanza especial profundidad cuando se examinan fenómenos como la Reforma protestante o la evangelización americana. En ambos casos, la autora muestra cómo las decisiones materiales adoptadas en los talleres tipográficos condicionaron la circulación de determinadas ideas y contribuyeron a la construcción de nuevos horizontes culturales. La imprenta aparece entonces como una tecnología de reproducción, al tiempo que como una auténtica tecnología de poder.

Desde el punto de vista estilístico, el manuscrito destaca por una prosa ambiciosa y marcadamente ensayística. Lejos de la neutralidad expositiva habitual en cierta producción académica, la autora adopta una voz personal, consciente de sí misma y profundamente comprometida con los problemas que estudia. El texto está atravesado por constantes apelaciones al lector, recursos retóricos y reflexiones metahistóricas que recuerdan en ocasiones la escritura de algunos representantes de la historia cultural francesa e italiana. Esta elección puede suscitar opiniones divergentes, pero dota al libro de una personalidad reconocible y de una notable capacidad de persuasión intelectual.

En conjunto, nos encontramos ante una investigación de gran interés para la historia del libro, la historia de las mujeres y la cultura escrita de la Edad Moderna. Su principal aportación consiste en desplazar el problema desde la mera identificación de impresoras hacia una comprensión mucho más compleja de las relaciones entre género, trabajo, materialidad textual e ideología. El libro demuestra que la historia de la imprenta no puede escribirse únicamente a partir de los nombres que figuran en los colofones ni desde la perspectiva exclusiva de los grandes impresores. Detrás de cada volumen existió una compleja red de saberes, afectos, negociaciones familiares y estrategias económicas en la que las mujeres desempeñaron un papel decisivo. Su lectura deja la impresión de que la historia de los libros resulta inseparable de la historia de quienes los hicieron posibles y de que, entre esas manos frecuentemente invisibilizadas, las de las mujeres ocuparon un lugar mucho más central de lo que la tradición historiográfica había estado dispuesta a admitir.

GLORIA SAURÍ NICASIO

Universidade de Lisboa
gsauri@edu.ulisboa.pt